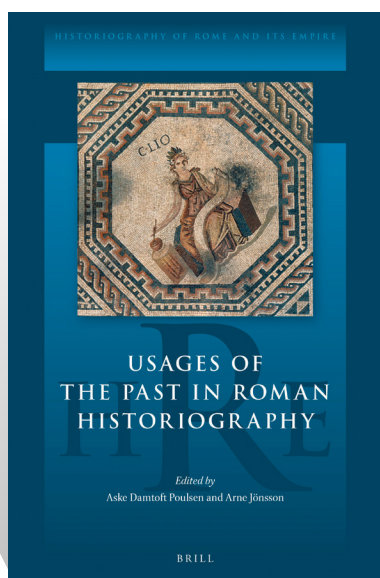


Usages of the Past in Roman Historiography

FICHA BIBLIOGRÁFICA

ASKE DAMTOFT POULSEN AND ARNE JÖNSSON (EDS.). *Usages of the Past in Roman Historiography*. Leiden-Boston: Brill, 2021, páginas 343, ISBN: 978-90-04-44502-4.



Javier Larequi Fontaneda | **Universidad de Navarra**

El libro *Usages of the Past in Roman Historiography* (2021) responde, a través de once capítulos, a la pregunta de cómo los historiadores romanos «manipulan» el pasado. Si bien estamos acostumbrados a abordar desde el punto de vista historiográfico el interés que ha existido a lo largo de la historia por utilizar el mundo prerromano y el mundo clásico para motivaciones políticas e identitarias, también conviene tener en cuenta que estos usos políticos comienzan ya en época romana, de forma casi contemporánea a los hechos. Y es precisamente esta confusión provocada a menudo por los historiadores y poetas romanos, entre otros, la que ha facilitado –junto con la escasez de fuentes y las contradicciones entre ellas– esa manipulación del pasado con posterioridad. Al respecto, en esta monografía, editada por Brill, cobran particular interés las fronteras entre la historia y la literatura o el paso de la República al Imperio y los cambios historiográficos que esto supone. Los editores de la obra, Arne Jönsson y Aske

Damtoft Poulsen, combinan el amplio magisterio del primero en la Universidad de Lund (Suecia) y la juventud del segundo, ahora con un proyecto de investigación en la Fundación Carlsberg de la Universidad de Bristol (Reino Unido).

Las primeras páginas del libro tienen como objetivo ayudar al lector a adentrarse en una obra que, ciertamente, no carece de complejidad al unir planteamientos históricos, historiográficos, literarios y políticos. Cuenta con un prefacio, un breve comentario de la trayectoria de los doce autores de la obra, un listado de las imágenes que aparecen y una presentación de la serie, de la editorial Brill, *Historiography of Rome and Its Empire Series*. A todo ello se une, al final de la monografía, un índice onomástico y otro toponímico. Uno de los editores de la obra, Aske Damtoft Poulsen, incluye al principio del libro una introducción (pp. 11-22) en la que subraya que «nuestro conocimiento del pasado depende de la comprensión que hacemos de las interacciones entre los textos» (p. 1) sin olvidar los contextos históricos en los que estos fueron creados. Se trata de la siempre gratificante tarea de interrogar a las fuentes clásicas desde un punto de vista amplio. El editor también explica en esta introducción que quieren «subrayar que las narrativas del pasado están siempre construidas, siempre son ideológicas» (p. 2) y se apunta que estos usos del pasado de los textos históricos no tienen que ver únicamente con cuestiones políticas, sino también con aquellas «estéticas, personales o epistemológicas» (p. 7). Aske Damtoft Poulsen también presenta en este capítulo inicial la estructura del libro, que se divide en tres partes: la primera cuenta con tres artículos dedicados a las consecuencias de la llegada del Principado a Roma en los usos del pasado (pp. 23-88); la segunda parte incluye cuatro artículos relativos a las relaciones existentes entre los textos clásicos y las interpretaciones de sus autores, los historiadores romanos en este caso (pp. 89-193); y la tercera presenta tres artículos que abordan las fronteras –todavía discutidas hoy en día– entre la historia y la literatura (pp. 195-325).

En el primer capítulo (pp. 25-39) destinado a entender los usos políticos en el contexto del comienzo del Principado, el profesor Roberto Cristofoli, de la Universidad de Perugia, aborda la Batalla de Accio (31 a. C.), siguiendo la obra del historiador romano Velejo Patérculo. Cristofoli presenta las tres tradiciones historiográficas en las que la obra de este autor clásico ha sido encuadrada, y que son aparentemente contradictorias: aquella alineada con la propaganda augústea, aquella hostil con el *princeps* y, finalmente, aquella que no es hostil con el emperador, pero sí con los postulados de la «revolución romana»¹ que este lleva a cabo. En el caso concreto de Accio, «Velejo sigue la interpretación histórica establecida en las *Res Gestae* que presenta a Octavio Augusto como un campeón de *clementia*» (p. 31). Para Cristofoli, este historiador romano no es tanto un ejemplo «de alteración de hechos, sino de la negación de las relaciones y conexiones entre ellos, con el objetivo de evitar que el lector tenga la posibilidad de identificar conexiones discordantes» (p. 37) con la ideología del momento, algo que, por otro lado, según explica el autor, es uno de los métodos históricos más utilizados por los autores antiguos.

1. Syme, 1960.

El segundo capítulo (pp. 40-68) aborda la obra de Lucio Anneo Floro (c. 70-74 d. C.), que reescribió en época del emperador Adriano el *Ab Urbe condita* del historiador romano Tito Livio (59 a. C. – 17 d. C.), que narra la historia de Roma prácticamente hasta el cambio de Era. Lo importante de la reinterpretación de Floro es que «minimizó la contribución del estado al desarrollo de la historia romana para mitigar el trauma de la destrucción de la República» (p. 63) con el objetivo de establecer una continuidad histórica entre los dos sistemas políticos que serían antagónicos, en realidad. En esta contribución, Rachel Lilley, de la Universidad de Harvard, explica que Floro «reescribe la historia de la República romana de una manera que la ajusta a las limitaciones y sensibilidades del Principado» (p. 53). Kai Ruffing, de la Universidad de Kassel, presta atención en el tercer capítulo (pp. 69-88), el último de esta primera parte, a la obra de Tácito (c. 55 – c. 120 d. C.), cuyo «pensamiento político ha interesado desde los comienzos del humanismo» (p. 69), sobre todo por su papel al servicio de los Flavios y de Nerva y también por su obra, que debe ser estudiada de manera independiente a su carrera política. Tácito es, por tanto, un buen ejemplo de «alineamiento con la propaganda imperial» (p. 75) que, además, veía en la escritura «una manera de demostrar su pertenencia a la élite imperial» (p. 86). La base de su pensamiento, no obstante, está en que «utilizó el pasado como un medio para promover una interpretación del nuevo régimen como un tiempo de libertad» (p. 86). Vamos a ver cómo, de hecho, Tácito, que también ha sido sometido a múltiples usos políticos a lo largo de la historia y la historiografía, está presente en el resto de la monografía, estudiado desde diversos enfoques.

Ya en la segunda parte del libro, centrada, sobre todo, en la intertextualidad y en la intratextualidad, esas conexiones entre los textos y dentro de los mismos, nos encontramos en primer lugar con el cuarto capítulo (pp. 91-114). Cristopher B. Krebs, de la Universidad de Stanford, estudia en su contribución la guerra de las Galias y la obra de César (100 – 44 a. C.) en relación con su lugarteniente Tito Labieno y con la inspiración que recibió del historiador griego Polibio (200 – 118 a. C.). No obstante, ambos fueron «fuentes» (p. 109) para el conocido militar romano y Polibio sería, por tanto, un buen ejemplo de intertextualidad, al inspirarse César en su obra. La batalla del Alia y el saqueo de Roma por parte de los galos (c. 387 a. C.) desde el punto de vista de los ya citados Polibio y Livio son el tema abordado en el quinto capítulo (pp. 115-145), escrito por la profesora de la Universidad de Edimburgo Ulrike Roth. Ambos autores son también un ejemplo de esas intertextualidades, pues «es ampliamente conocido que Livio se inspiró en gran medida en Polibio» (p. 115). Y, de hecho, «la narración de Livio del saqueo galo de Roma ha sido comparada acertadamente con la que Heródoto hace de los ataques persas en Delfos y Atenas» (pp. 115-116), de tal manera que se trata de un buen ejemplo del uso del pasado griego en la historia romana. No en vano, recientemente se ha vuelto a poner de manifiesto la importancia que tuvo la herencia griega en el desarrollo de la cultura intelectual romana².

Cristina Shuttleworth Kraus, de la Universidad de Yale, aborda en el sexto capítulo (pp. 146-168) el quinto libro de la *Historia* de Livio. Aquí se introduce otro enfoque, ya que la

2. Por ejemplo, Secord, 2020.

autora explica que el historiador romano es un ejemplo del uso de metáforas y comparaciones, que «están unidas indisolublemente a la idea de ejemplaridad» (p. 147). El protagonista principal de este quinto libro es Marco Furio Camilo (c. 446-365 a. C.), quien consiguió en la tercera guerra de Veyes contra los etruscos que finalmente esta ciudad se rindiese ante Roma en el 396 a. C. Lo interesante es que Livio va a presentar a Camilo como «un gran hombre que sirve como (*exemplum*) de lo que significa ser romano» (p. 162). De nuevo, volvemos sobre Tácito en el caso del séptimo capítulo (pp. 169-193), escrito por el también editor del libro, Aske Damtoft Poulsen, de la Universidad de Bristol, para hablar en este caso de intratextualidad en la obra del citado historiador romano «a medida que aborda cuestiones más antiguas» (p. 176). Plantea el autor que «los usos del pasado en la historia escrita romana pueden provocar más preguntas que las inmediatamente obvias» (p. 187).

La tercera parte de la obra, como ya hemos explicado, estudia las fronteras de la historiografía a partir del octavo capítulo (pp. 197-224), escrito por Rhiannon Ash, de la Universidad de Oxford. Este autor pone énfasis en Tácito «y en su extraordinaria noticia de los eventos que culminan en la muerte de Agripina la Menor» (p. 197), narración en la que, precisamente, se bordean las fronteras de la historiografía, con preguntas centrales sobre la relación entre la «ficción (*inventio*) y los hechos (*res*)» (p. 197). También destacan en este sentido «los ejemplos de autores cruzando (y volviendo a cruzar de nuevo) la frontera en la que los poetas imitan una narrativa histórica» (p. 198). Para el autor, por tanto, «la historiografía antigua y la poesía están completamente entrelazadas» (p. 199). Algunas de estas estrategias retóricas de Tácito tienen que ver, sobre todo, con referencias que «evocan la atmósfera de un lugar trágico» (p. 215). El noveno capítulo (pp. 225-261), del profesor Johan Vekselius, de la Universidad de Estocolmo, se diferencia de los demás en que no se centra de forma específica en uno o dos autores, sino que «estudia cómo los autores antiguos utilizaron el pasado prestando atención a las descripciones del duelo del emperador Tiberio» (p. 225). Lo que interesa es la reputación del emperador por «su autocontrol emocional entendido como un aspecto de su imagen pública (...) como una expresión de *grauitas* y *maiestas* con objetivos políticos» (p. 225). Se estudia, en este sentido, la obra de autores como Tácito, Ovidio, Séneca o Suetonio, que en general muestran la predilección de Tiberio por la *dissimulatio* a la hora de expresar las emociones que, sin embargo, no comparte con otros emperadores más interesados en cultivar una «imagen pública emocional» (p. 253).

Kyle Khellaf, de la Universidad de California, estudia en el décimo capítulo (pp. 262-297) «cómo surge la historiografía en la encrucijada de diferentes pueblos y sus diversos pasados colectivos» (p. 264). De nuevo, en este caso no se trata de abordar la obra de un autor determinado, sino la perspectiva de la movilidad y de la etnografía en, fundamentalmente, Salustio y Livio. Estos se van a caracterizar por «utilizar las digresiones como espacios de narración fronterizos en los que abordar los diversos usos que Roma hace del pasado» (p. 265). Se trata de entender, a juicio de Khellaf, que la historiografía romana «fluctuaba entre una autodefinición romano-céntrica y el deseo de identificarse con otros pueblos» (p. 267), es decir, la convivencia entre la idea de Roma, el Imperio, y las provincias, los pueblos indígenas. Toda esta cuestión de la movilidad y las fronteras ha cobrado interés en la historiografía en

los últimos años, en los que hemos empezado a entender las fronteras como lugares permeables, de contacto³.

Finalmente, el undécimo capítulo (pp. 298-325), escrito a modo de epílogo por la profesora Anne-Marie Leander Touati, de la Universidad de Lund, se distingue de las demás contribuciones en que no aborda los usos del pasado desde un punto de vista historiográfico, sino que «el capítulo pretende investigar el registro material que revela la percepción y el uso de la historia en la Pompeya romana» (p. 298), sobre todo a partir del disturbio del anfiteatro del año 59 d. C. y del terremoto posterior del año 62. En el caso de Pompeya, estos usos del pasado van a encontrarse «en el espacio privado más que en la esfera pública» (p. 322), por ejemplo en las conocidas pinturas parietales o en los mosaicos de esta antigua colonia romana que han llegado hasta nuestros días.

Esta monografía viene a completar un relevante hueco existente, quizás hasta estos últimos años, en los estudios de los usos políticos del pasado desde el punto de vista de la historiografía de la Antigüedad. Con gran exhaustividad, responde a la pregunta de cómo los historiadores romanos utilizaron y «manipularon» el pasado. Vemos que la historia, para Tácito o Livio, por citar apenas un par de ejemplos, sirvió para legitimar emperadores o para justificar cambios de régimen, nada diferente de lo que con posterioridad hemos visto en la historiografía medieval, moderna, contemporánea o incluso reciente, antes de que el método histórico, al que se ha sumado el método arqueológico, se hayan abierto paso en las universidades y en el estudio del pasado.

Bibliografía

- Cruz Andreotti, Gonzalo y Machuca Prieto, Francisco (2022). *Etnicidad, identidad y barbarie en el mundo antiguo*. Editorial Síntesis.
- Secord, Jared (2020). *Christian intellectuals and the Roman Empire. From Justin Martyr to Origen*. Pennsylvania.
- Syme, Ronald (1960). *The Roman revolution*. Oxford.

3. Sobre este tema, ver Cruz Andreotti y Machuca Prieto, 2022.